

RENOVACIÓN

CIENCIA
SOCIOLÓGIA
ARTE

LA VERDAD
ES DE
TODOS.

LA TIERRA
ES FELICIA
PARA
TODOS.

SUMARIO:

Hacia la Universidad Futura

La Universidad en los
Estados Unidos.—La
Universidad y la Cien-
cia.—La Universidad
y la Nación.—La Uni-
versidad y el niño... *E. Nelson*
La ley del número..... *R. Mella*
Acusando recibo..... *La Dirección*

F. HERNANDEZ

20 Cts.

Imprenta Moderna

San José de Costa Rica

Acusando recibo

Los caídos, por Antonio Guardiola.

Hermosa novela de costumbres que es un estudio de los bajos fondos de la sociedad, que el autor ha estudiado con cariño y que traslada al libro con brillante estilo y con una fidelidad que le acreditan de excelente novelista, que no tardará en llegar a un lugar preeminente en la literatura.

Por las mujeres y los niños que trabajan, por Alfredo L. Palacios.

Es el autor diputado socialista en la República Argentina, y su labor parlamentaria ha sido tan fructuosa, que ha logrado que el Congreso de su país aprobara diferentes leyes en beneficio de los obreros, en particular de las mujeres y niños, aunque no en sentido tan radical como proponía el señor Palacios.

Es esta obra un resumen de la ruda y brillante campaña del autor, que por su desinterés y amor al obrero se ha captado el cariño y admiración de la clase trabajadora y el respeto de sus más encarnizados enemigos políticos.

Hacia la Universidad futura, por Ernesto Nelson.

Es el señor Nelson un distinguido catedrático argentino enamorado del creciente progreso de las universidades yanquis, que ha frecuentado hasta en sus colonias veraniegas, y que admirado de los sorprendentes resultados que allí se obtienen, aboga por un sistema de enseñanza más racional, para lograr que salgan de los centros docentes personas de vasta cultura y no fonógrafos apegados a la rutina, como por desgracia ocurre con lamentable frecuencia.

Los anteriores volúmenes forman parte de la rica colección de libros populares a 0.50 el tomo que con tanto éxito publican los señores F. Sempere y Compañía, de Valencia.

Adoptado.

Vasco Núñez de Balboa, historia del descubrimiento del Océano Pacífico, por Angel Ruiz de Obregón.

Con motivo del cuarto centenario de la fecha gloriosa del descubrimiento del Pacífico, que el año presente se cumple y se celebra, la Casa Editorial Maucci, de Barcelona, acaba de publicar el libro cuyo título precede, escrito por el distinguido publicista, don Angel Ruiz de Obregón.

“Entre las innumerables empresas grandiosas y atrevidas llevadas a cabo por los españoles en sus primeras exploraciones por tierras del continente americano, descuella como la más importante de todas, por su significación científica, y como una de las más atrevidas por su audaz y rápida ejecución, la que se narra en este libro para honrar y enaltecer la memoria del héroe que la realizó y divulgar su épica hazaña entre los que la desconozcan, a fin de que en la señalada fecha en que el éxito coronó su titánica aventura, su nombre esté en boca de todos los españoles y de todos los americanos, y por todos ellos sea aclamado con el entusiasmo y el respeto, con el cariño y la gratitud a que para siempre se hizo acreedor en aquel día en que completó la obra de Colón en forma tan cabal y tan brillante, como inesperada para el mundo entero.

“Este hermoso libro en que se relatan las aventuras del famoso descubridor extremeño, su odisea a través del Istmo de Panamá, sus peripecias mil y su trágico fin, víctima de las envidias y concupiscencias de sus enemigos, forma un volumen de clara lectura con el retrato del biografiado en la cubierta y se vende en todas las librerías de hispanoamérica, al económico precio de un colón, a fin de que esta edición se difunda copiosamente por todos los países de habla española, y como homenaje al insigne descubridor.”

San José, Costa Rica

— 25 Septiembre 1913 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Director

Núm. 66

Hacia la Universidad Futura

Extracto de la obra así titulada por Ernesto Nelson. (F. Sempere y Cía., Editores)

La Universidad en los Estados Unidos

Difícil es decir qué cosa es una Universidad en los Estados Unidos. Tal vez la mejor definición la daría por instinto una madre que, al ver cuán grandes son las asechanzas que rodean a su hijo y cuán lejos de su influencia protectora se desarrolla su vida, deseara para él un lugar de aislamiento y de preservación, un ambiente noble que hiciera muy intenso, durante esa época receptiva de la vida, el contacto con todo lo bueno, lo grande y lo verdadero. Para esa madre, lo importante no es el que su hijo se haga médico o abogado, sino que se haga un hombre, que recompense alguna vez la diaria angustia de sus esperanzas, siendo el paladín de todo lo que ennoblece la existencia. Quiere verlo sano y fuerte, quiere verlo ofreciendo su robusto brazo y aplicando su voluntad, ejercitada en la palestra universitaria, a toda causa noble; quiere verlo llano y tolerante, desprovisto de esas taras del orgullo que germinan en la soledad, dentro de la cual no existen términos de comparación para medir la obra ajena.

Procediendo en su propia defensa, la sociedad americana hace suyo el punto de vista de esa madre. Con ello ha alterado, sin duda, el concepto tradicional de la educación, que

hace consistir ésta en el caudal académico impartido por los libros. Pero la experiencia, mil y mil veces repetida, le ha enseñado que el bagaje científico que lleva de la Universidad un graduado en ella es bien escaso, y que la labor estrictamente académica de la Universidad puede rehacerse cualquier día después de abandonar las aulas. En cambio ha descubierto que la Universidad bien puede presidir en la vida toda de la juventud, y en consecuencia dejar en su alma una huella profunda y una dirección eficaz, con la circunstancia de ser esta acción de todo punto insustituible más tarde.

Al país lo hacen sus ciudadanos, no sus abogados o sus médicos. La Universidad que creyera desempeñar la función augusta de formar un pueblo, un alma colectiva, tan sólo porque provee a la sociedad de peritos en ciencia, sería clasificada entre los órganos importantes de gobierno sin duda, pero nunca como escuela, mejor dicho, como gimnasio del espíritu colectivo, como arena de la justicia militante, de la cual sale el nuevo ser incorporado a la obra multiforme de la patria. Está bien que haya lugares donde se preparen las profesiones; pero ¿quién prepara la vida? ¿quién educa los móviles de la acción y ejercita las actividades de la juventud dándole propósitos nobles y altruistas? ¿quién le proporciona el contacto

con los grandes hombres, muertos y vivos, de la patria? ¿quién pone a la juventud en la buena causa suscitando en su seno la discusión de los grandes problemas del día y le ayuda a interpretar la sociedad en que vive? ¿quién da a la multitud ilustrada, esto es, a los que hacen la cultura del país, su aire de familia, su fondo común, otorgando, en fin, ese título sin pergaminos de la cordura, de la honradez y del patriotismo?

A la hora presente, puede calcularse que medio millón de jóvenes en los Estados Unidos pasan la vida fuera de sus casas. Viven en los colegios y universidades, y su existencia transcurre, es el momento de decirlo, en mejores condiciones que en sus propios hogares. El hogar es, socialmente, un **islote**: podrá educar las maneras y los gestos; podrá cultivar la mente mediante el libro cuya acción cabe en el aislamiento más completo; podrá edificar con el ejemplo de la virtud doméstica y podrá, por fin, embalsamar la vida con el delicioso perfume de la familia. Pero ¡ay! la sociedad moderna exige algo más de sus miembros, y el hogar constituye un escenario demasiado estrecho para desenvolver las aptitudes reclamadas por aquellas exigencias. El individuo de las sociedades modernas debe haber aprendido a vivir en la compañía de sus iguales, a reconocer el mérito ajeno, a aplicar el propio juicio, a sacar el mayor provecho posible de la originalidad, de la iniciativa, de la perseverancia, a conocer los hombres, a tolerar sus debilidades y ayudarlos a sacar el mayor partido de sus cualidades positivas.

Por eso, no os asombre el ver las universidades americanas instaladas en plena Naturaleza, lejos de los lugares poblados. Aquellos centros de estudio son verdaderas ciudades donde se vive en un ambiente depurado y noble. Es con frecuencia un mundo nuevo, un mundo de optimismo y de ideal dentro del vasto

mundo de las realidades crudas. Imaginad una población universitaria de cuatro o cinco mil estudiantes, con algunos centenares de profesores acompañados de sus familias, y tendréis la ciudad ideal, anticipo de un futuro ansiado, en que presidirá las relaciones humanas un elevado espíritu comunal. Por las noches las casitas y los edificios se iluminan, las viviendas de los profesores se abren, y éstos, con sus esposas, hacen de amables anfitriones. La charla familiar, la velada, el baile, el teatro de aficionados, la conferencia, la visita ocasional de los grandes hombres de la nación, mantienen vivo el espíritu social en esas comunas excepcionales.

Sorprende el número de edificios con que en general cuenta una Universidad americana; entre nosotros una Universidad es un aula o conjunto de ellas; allá las universidades son verdaderas metrópolis de la juventud, capitales de su reino de optimismo y de generosidad ilustrada.

Si el mundo estuviera poblado por jóvenes de veinte años, las ideas, las costumbres y las intituiciones tendrían otro aspecto: para decirlo en dos palabras, parecería una vasta Universidad americana. Habría más entusiasmo y más tolerancia; más audacia y más energía; las ambiciones tendrían como objeto las cosas antes que las personas; los ideales aparecerían más depurados. En nuestra civilización latina, esta vida de la juventud no se percibe, diluida como se halla en la sociedad heterogénea que la descolora; pero en aquellos gigantescos viveros de jóvenes todo lo que es suyo tiene su dignidad reconocida y puede expresarse en la acción. Aquellos centros son algo augusto de la vida de la nación: son los órganos nobles del organismo social, protegidos como tales del contacto de los intereses vulgares.

* * *

—¿Alumnos suyos?—pregunté al profesor.

—Sí. Y es difícil a veces retener el recuerdo de tanto muchacho, porque nuestras clases son heterogéneas y a ellas concurren alumnos que comienzan, al lado de otros que están en la mitad de sus estudios. A unos los vemos un año solamente, tal vez sólo un semestre, y otros, que se aficionan al profesor y a la materia, se inscriben en numerosos cursos.

Yo no comprendía. No podía hacer entrar lo que oía dentro de nuestra concepción de los estudios, que no sólo son todos preestablecidos, sino que además se clasifican por "años". Entre nosotros claro está que el alumno es siempre esclavo de un plan de estudios.

—Pues en los Estados Unidos ya no ocurre así—explicó el profesor—. El plan de estudios se lo traza en gran parte el alumno mismo, y hay que confesar que tal cambio es una conquista del individuo en su conflicto con la Universidad.

Observé, sin embargo, que en los estudios técnicos, como la medicina y la ingeniería, no se concebía el aprovechamiento sin un orden establecido por un plan.

—Efectivamente; ese plan establecido existe también entre nosotros hasta cierto punto en tales profesiones; pero me imagino que usted ignora que los médicos, abogados, ingenieros, farmacéuticos, dentistas o agrónomos constituyen la minoría de los que se gradúan en nuestras universidades.

—¿Es posible?

—¡Y tanto! Oiga usted; en todo el país se reciben cada año unos 4.500 médicos, 1.700 dentistas, 3.700 abogados, 1.600 farmacéuticos y 2.000 ingenieros. Total, unos 13.500 profesionales. Todavía podremos agregar a éstos 5.800 graduados en los institutos agrícolas y artes mecánicas. Tendríamos casi un total general de 20.000. Pues bien; ¡asóm-

brese usted! Además de todos estos, en las universidades se graduaron 22.000 personas, no contadas en las profesiones anteriores.

—Pero ¿qué títulos recibieron? No me lo explico—dije—. Una Universidad es un instituto profesional, y no veo qué profesión pueda haber fuera de las nombradas como para atraer a tanto estudioso.

—¿Por qué ha de ser la Universidad necesariamente un instituto profesional?—respondió el profesor sin hacer caso a mi pregunta—. ¿Es acaso tan importante el conocimiento de los códigos para ser un hombre culto en la Argentina o para impulsar su adelanto intelectual? Espero que allá no todos los médicos curan ni los abogados ejercen—agregó sonriendo con cierta malicia.

—Pero los que no ejercen contribuyen también a ennoblecer nuestro ambiente. Están al frente de instituciones, gobiernan, enseñan, escriben.

—Pues entonces, ¿para qué imponerles el peso muerto de conocimientos que no utilizan? Seguramente muchos intelectuales tienen aficiones espirituales que se salen del marco estrecho de su profesión. No puedo creer que en las librerías de Buenos Aires no se vende a Voltaire, ni Shakespeare, ni Cervantes, ni el Ramayana, ni la Biblia o el Corán.

—En las librerías sí, pero esos son estudios de pura vocación, y ellos encuentran su satisfacción en los gabinetes privados...

—¿Por qué entonces no organizar esa cultura, que es la gran cultura de un pueblo, puesto que lleva hasta la enseñanza superior el espíritu de investigación y de libertad que ha transformado la escuela y el colegio secundario, haciéndoles reconocer la vocación individual como base acaso del ejercicio educativo? En suma, dijo el profesor animándose por grados, ¿por qué no redimir a la Uni-

Lea LA LINTERNA, revista ilustrada de crítica social

versidad de su pecado, de su gran pecado de ensimismamiento, que la hace vivir en la atmósfera enrarecida de donde ha huido la vida? ¿por qué no acercarla a los hombres, en vez de exigir de éstos que se conformen con su concepto cristalizado de la cultura y no ponerla al servicio de las vocaciones de los individuos?

Después de esta tirada el buen Mr. M. quedó fatigado; pero la sonrisa con que cerró el último párrafo me indicó que la exaltación con que había hablado era una servidumbre impuesta por la cátedra de oratoria griega. Por mi parte, hallábame también entusiasmado y empezaba a comprender que una Universidad puede llenar una misión más amplia que la de preparar al hombre para las tres o cuatro profesiones que están en auge en la época presente.

Apremiado por mis preguntas, el profesor me dijo, ya más calmado.

—Para comprender mejor nuestro sistema de enseñanza y la elasticidad que ofrece (la cual, por otra parte, le permite servir a conciencia los intereses de la sociedad sin sacrificar los del individuo), conviene seguir el desarrollo de la Universidad en este país. Tal institución es aquí un compuesto de un núcleo antiguo y de un revestimiento moderno. El núcleo es lo que por mucho tiempo se llamó **College**, al que entraban los jóvenes de diez y ocho o veinte años para adquirir en él una cultura general que la sociedad aceptaba como exponente satisfactorio de la educación de un caballero.

—¿Daba el **College** un título profesional?—pregunté.

—Otorgaba un título, que era el de bachiller en artes; pero no era un título profesional. Valía como comprobante de que quien lo exhibía había completado su educación en el ambiente que se consideraba (y se considera hoy con mayor convencimiento que nunca) como el ambiente ideal para la "educación" de la ju-

ventud: aquel en que los jóvenes hacen vida común y disciplinan su carácter lejos de las sollicitaciones malsanas. Por el **College** pasó la mayoría de los hombres cultos de este país en el siglo pasado y en el presente, recibiendo el modesto pergamino que le abría en todas partes la confianza y la simpatía. Este bachillerato suponía el estudio de la Retórica, del Latín, del Griego, de las matemáticas, de la Filosofía natural (como se llamaban por entonces los rudimentos de la física), además de la Economía política, mechado todo con alguna Química y bastante Filosofía e Historia.

—Aparte de esa cultura general—pregunté—, ¿no preparaba el **College** para algunas profesiones entonces reconocidas?

—Si tal. Teología y leyes, siguiendo algunos estudios complementarios en el mismo **college**. Más tarde se agregaron a esas carreras la medicina y la ingeniería, con lo cual el **College** fué enriqueciéndose con el departamento que he llamado moderno. Pero entretanto, el núcleo primitivo no ha desaparecido, antes bien, se ha perfeccionado, y es él, óigalo usted bien, el que constituye la gran Universidad democrática del día, donde se gradúan los 22.000 universitarios no profesionales por cuyos títulos usted me preguntaba hace un momento. Ya supondrá usted cómo ocurrió la evolución necesaria para llevar el modesto bachillerato al grado de esplendor presente. Como he dicho ya, los estudios básicos del bachillerato en artes se inspiraban en cultura clásica; pero cuando amainó el entusiasmo por estas disciplinas, la Universidad tuvo que reconocer las nuevas tendencias que entonces se abrían paso. Así nació el título de bachiller en Letras, que difería del anterior en que en el núcleo central de estudios prescritos el latín y el griego estaban reemplazados por los idiomas modernos.

Más tarde se acusó otra tenden-

cia, traída por el advenimiento de las ciencias positivas. La química, la física, la biología, se desdoblaban en disciplinas secundarias que reclamaban un puesto en el bagaje intelectual del hombre culto. Se creó el título de bachiller en ciencias, que se otorgaba al que se dedicaba a las materias nombradas la mitad de su trabajo estimado en horas de clase.

El **College** fue admitiendo todos estos ramos de estudio con algún recelo, y aceptándolos a título de materias electivas, circunstancia que ha favorecido sobremanera el espíritu de la enseñanza universitaria, pues consagró desde temprano las tendencias individuales del estudiante. A favor de esa organización encontraron un sitio en el **College** infinidad de tópicos o cursos, fomentándose con ello una copiosa y benéfica especialización docente, al punto que hoy día, en el antiguo núcleo de toda Universidad moderna, esto es, en el **College** propiamente dicho, el triple bachillerato en ciencias, letras y artes tiene a su elección un repertorio, ¡asómbrese usted! de novecientos a mil cursos diferentes...

—¡Qué enormidad! Pero no me explico cómo se establece la uniformidad de estudios en ese mar de enseñanzas...

—Nuestro triunfo ha sido precisamente evitar la uniformidad asegurando a cada estudiante una cultura equilibrada. Para ello cada candidato al bachillerato tiene que realizar el estudio de tales y cuáles materias que consideramos básicas para la carrera; pero se le deja en libertad de escoger entre otros ramos hasta cubrir con ellas un cierto número de horas de trabajo semanal. Si averiguásemos las materias estudiadas por cien bachilleres en arte, por ejemplo, probablemente no encontraríamos dos que hubiesen marchado por caminos idénticos; pero to-

dos ellos habrían cumplido el requisito que impone tantas horas de trabajo en ciencias, en letras, en idiomas, etc.

Pero aún hay más. La creación de estos títulos, que son más que todo un exponente de cultura social; no se ha detenido en los tres títulos de bachiller ya mencionados. Nuevas ciencias, nuevas aplicaciones, nuevas especialidades han buscado un sitio en el **College**, con lo cual el título de bachiller ha tenido que continuarse para arriba, llevando sucesivamente al de **master** y **doctor**. Este doctorado, ya lo comprende usted, no tiene absolutamente nada que ver con el doctorado en medicina, en derecho o en ingeniería; es un doctorado no profesional, si puede decirse así, un doctorado que permite el fomento de la vocación especial en la forma más amplia que se puede concebir. No pierda usted de vista que hasta ahora no he me referido a los departamentos de jurisprudencia, de ingeniería, medicina, agronomía, etc., que no faltan en nuestras universidades; le describo tan sólo lo que parece ser nuevo para usted, y que sin embargo, es el departamento que entre nosotros atrae mayor número de estudiantes a las universidades: el departamento de arte, ciencia y literatura, la semilla originaria de las universidades americanas, la verdadera **alma mater** popular y democrática, que ha sido el agente principal de nuestra cultura.

—¡Y en esa parte no presentida de la Universidad me encuentro de improviso con mil cursos diferentes! La verdad es que por más que pienso, no se me ocurre una lista tan larga de asignaturas...

—Pues oiga usted—respondió el profesor sonriendo. Sacó de su bolsillo un libro, el **calendario**, publicación en que toda Universidad consigna el programa del año escolásti-

En la **Librería Falcó** están a la venta 500 tomos de la Casa Editorial F. Sempere y C^ª. El próximo número publicaremos los títulos y precio.

co—. Voy a leerle—dijo—la lista de los cursos de griego que se dictan en esta Universidad. Este trabajo nos lo repartimos entre los cinco profesores de la asignatura. Comprenderá usted, por lo ya dicho, que de estos cursos ninguno es obligatorio. La Universidad los ofrece para que entre ellos elijan los candidatos que tienen que emplear cierto número de horas semanales en el estudio de los idiomas clásicos. Para la universidad, lo importante es el trabajo, no la especialización dentro de la asignatura. Los cursos se distinguen uno de otro mediante un número, según es costumbre en nuestros establecimientos de educación. Oiga usted: Curso número 1, de gramática griega elemental, 4 horas semanales; curso número 2, comentario y análisis de la Odisea, 4 horas; curso número 3, comentario y análisis de los poetas griegos líricos y elegíacos, 3 horas; curso número 4, gramática griega, adaptada para los maestros que enseñarán luego ese idioma, 2 horas; curso número 5, la tragedia griega, 3 horas; curso número 6, sobre Eurípides, 2 horas; curso número 7, sobre Esquilo, 3 horas; curso número 8, sobre el arte griego, 4 horas; curso número 9, sobre la República, de Platón, 3 horas; curso número 10, sobre Demóstenes, 3 horas; curso número 11, sobre los poetas bucólicos griegos, 3 horas; curso número 12, estudio general de la literatura griega, 3 horas; curso número 13, sobre paleografía griega, 1 hora; curso número 14, sobre religión griega, 2 horas; curso número 15, sobre el drama griego, 3 horas; curso número 16, sobre el Anabasis, 4 horas; curso número 17, sobre Eurípides, 3 horas; curso número 18, ejercicios de composición en prosa de idioma griego, 2 horas; curso número 19, sobre Luciano, 2 horas; curso número 20, sobre mitología griega, 3 horas; curso número 21, sobre Aristófanes, 2 horas; curso número 22, sobre Esquilo, 2 horas; curso número

23, sobre introducción al estudio crítico de Homero, 3 horas; curso número 24, sobre la crítica literaria entre los griegos, 2 horas; curso número 25, sobre Pindaro, 2 horas; curso número 26, sobre Aristóteles, 2 horas; curso número 27, sobre epigrafía griega, 2 horas; curso número 28, sobre la vida y costumbres de los griegos, 2 horas, curso número 29, sobre Pausanias, 2 horas.

—¡Es admirable! — exclamé—. Dan tentaciones de pasarse aquí el resto de la vida. Usted ha hecho pasar ante mis ojos visiones de escaparates de librería donde se hallasen las joyas más codiciadas por un helenista. Ahora lo comprendo todo... Estas universidades son como bibliotecas con alma, organismos más perfeccionados que los nuestros, con una visión más vasta, más universal, pero a la vez más nacional, por realizar su augusta función educadora dentro de un ideal de patria y de ciencia más bien que dentro de un programa profesional. Y todo esto lo realiza sin sacrificar, antes bien alimentando y estimulando la aptitud individual de los hombres. Universidad — exclamé, dejándome arrebatar a mi vez por el ardor declamatorio—; Universidad, cualesquiera que seas, que organizas tu ejército de juventud y lo lanzas por una ruta que ya no frecuentan las multitudes dirigiéndolo hacia una fortaleza de artificio en un perpetuo simulacro de batalla, que la mayor parte de tus soldados no libran nunca! Tus gallardos batallones pasan y desfilan con la vista al frente, indiferentes a todo: a la ignorancia de las masas; a la opresión de la mujer y del niño; a la corrupción de las costumbres; a la venalidad de los magistrados, al anhelo inexpressado de amor y de simpatía... ¡Despierta, despierta del largo sueño y dispersa tus huestes por lo amplio del mundo! ¡Sean ellos guías conscientes de todo sentimiento, de toda idea y de todo trabajo!

* * *

La Universidad y la Ciencia

Imaginemos que por ensalmo recuercita en este siglo XX uno de los magníficos doctores que se graduaban en Bolonia, allá por el siglo XII, en medio de pomposas ceremonias, a los que se paseaba montados en caballos enjaezados con seda y oro por las calles engalanadas, recibiendo, al pasar por entre las multitudes curiosas y vocingleras, el tributo de los artesanos e industriales, quienes de tal modo significaban la diferencia de jerarquía entre la "divina especulación" de la mente y la labor servil de la mano.

Le ponemos al corriente de nuestros adelantos prodigiosos y le decimos que ya la ciencia no es, como antaño, un pretexto para fútiles torneos, un dispensador de títulos de vanidad y de soberbía, sino un agente tan útil como el fuego: el medio, felizmente hallado, de prolongar la vida y aumentar sus delicias; lo que reproduce en mil formas lo bello; lo que da reposo al brazo y a la bestia, abrigo y alimento al cuerpo, techo, luz, color, vino, música y perfumes.

—La ciencia—le decimos—nos ha reconciliado con la materia, tolerando un sensualismo a cuyo lado es poca cosa la molicié de Sibaris. Nada de renunciaciones ni ascetismos: queremos vida, salud, felicidad, reposo. Hemos hecho al Niágara cómplice de nuestros caprichos. Abandonamos al magnetismo el cuidado de orientarnos y al cosmos entero llevar cuenta de nuestro tiempo. Dentro de poco la luna moverá el molinillo de café, y los electrones y los iones, aprisionados en el telarmonio, marcarán el compás de nuestros vales.

—Pero ¿y la verdad absoluta de las cosas—pregunta el doctor magnífico—, la habéis encontrado ya?...

—Ese fué el delirio de la mente candorosa del pasado—le respondemos—. El espacio es infinito, el tiempo eterno, la verdad inasequible. A la ciencia no le preocupa la

verdad absoluta, sino la verdad relativa de la supresión del dolor y la muerte. Ya no nos duele el renunciar siempre a la esperanza de conocer la entidad átomo, ya que la química no por eso deja de rendirnos sus maravillosos ingredientes, ni nos atrista el ignorar eternamente la esencia última y definitiva de la electricidad, si ésta en cambio mueve nuestros vehículos, alumbrá nuestros hogares y transporta en sus alas invisibles nuestros mensajes. El hombre, sólo el hombre, es centro y destino de lo humano: así como para el filántropo perfecto es innecesaria la idea de Dios, el intelectual del siglo positivo no hace caso al cebo falaz de la Verdad, que nunca llega. Amar al prójimo es la religión del primero; acudir a las necesidades del hombre es la ciencia del segundo.

—Pero ¿qué circunstancia inesperada—pregunta el doctor magnífico—os ha permitido asignar ese precio nuevo a la ciencia? En mis días el pensamiento no había contraído esas alianzas fecundas con la materia, y en vez de brindar goces positivos y palpables, era sólo la fuente de un placer subjetivo.

—Pues oíd—le decimos—. Hemos descubierto la causa de la enfermedad y de la muerte. Ésta no es la visitación de dioses hostiles, ni los hombres nacen con sus días contados, como lo cantó Homero. Sabemos que el aire y el sol devuelven la salud y la vida, y estamos aprendiendo a arrebatár sus presas a la muerte. Sin filtros ni amuletos sabemos disminuir las cifras fatídicas de la estadística. Hemos aprendido, además, que el sol es el padre de la vida en el planeta; hemos analizado sus rayos y espiado su obra silenciosa en la hoja de la planta. Asimismo hemos analizado el suelo, la atmósfera, la gota de agua y la simiente, obligando así a la tierra a centuplicar sus tributos. Hasta hemos sondeado el espíritu y creado una ciencia nueva del misterioso psi-

quis; ello nos da los medios de reformar al criminal, curar al loco y educar al niño. Hemos reconstruido el arte antiguo, descifrando idiomas extinguidos, exhumado la poesía de pueblos que os precedieron en treinta siglos. Mecanismos admirables reproducen por millares y millones lo que antes debía ser copiado pacientemente con la mano. Máquinas prodigiosas pintan con fidelidad insuperable, en una fracción de segundo, el panorama de un reino entero, y gracias a ese medio, sin moveros de este sitio, podéis recrearos en la contemplación de ciudades lejanas, ver de nuevo escenas pasadas y hasta familiarizaros con las obras del arte universal.

—Ahora veo—diría el doctor—que la ciencia tiene para vosotros otra misión y otro significado. Su fin es noblemente utilitario y os hace dichosos. Pero si es como decís; si la ciencia es ahora la aliada del trabajo, de la fuerza, de la salud y del placer, permitid que conjeture qué instituciones se hallan al servicio de esa redentora del mal.

Ya adivino que mi vieja y querida Universidad, con sus claustros, su *trivium* y su *quadrivium*, sus rectores, sus bedeles y sus triviales ceremonias, debe de haber sufrido un cambio profundo y saludable. Ya que se ha descubierto la causa de la enfermedad, no dudo que la Universidad lleva al proletariado la buena nueva, y enseña a la madre ignorante la manera de prevenir el mal, que acaso se cierne sobre su niño. ¡Qué dulce debe ser para una madre recibir este mensaje de esperanza, este testimonio de solidaridad colectiva, cuando acaso ignora que los cuidados y la higiene retardan la obra fatal de la muerte! Tal vez hay espíritus generosos y altruistas (como en mi tiempo los religiosos y las monjas) que, mandados por la Universidad, van de pueblo en pueblo congregando las gentes y enseñándoles cómo se previene la enfermedad y se abrevia el

dolor. No necesitáis decirme que dentro de los muros de la Universidad, los patólogos y los fisiólogos estudian de día lo que divulgarán por la noche ante auditorios de gente cuya vida la sociedad reclama, pero que acaso ignoran las leyes más elementales de la salud.

¡Feliz el otrora rústico labrador, en este siglo en que he resucitado! Ya veo, sin que me las mostréis, las legiones de personas que la Universidad manda como emisarios de granja en granja—quizás en esos vehículos prodigiosos que llamáis ferrocarriles—, enseñando al labriego los secretos del suelo, del aire y del agua, pues sería imperdonable que los ignorase precisamente aquel para quien son más útiles y necesarios.

¡Feliz también el padre de familia, si, como aseguraréis, la ciencia ha estudiado el psiquis del niño y descubierto resortes exquisitos de disciplina, más efectivos que nuestras tiránicas coerciones! Y si es cierto que la máquina llamada imprenta puede copiar un precepto cien mil veces en el tiempo que decís y a un precio tan irrisorio, ¡cuál no será la lluvia de papel impreso que la Universidad esparcirá gratuitamente á los cuatro vientos del mundo, para ilustrar al padre de familia sobre la manera de educar al pequeño ser, el futuro ciudadano que la sociedad confía a su cuidado! Ya me figuro que las jóvenes que disfruten de medios desahogados y estén dotadas de espíritu misionero e instintos maternales acudirán a escuchar las lecciones de los pedagogos, y luego, congregando a las madres en un ambiente grato, les leerán las páginas luminosas escritas por los que han estudiado el alma infantil...

Decís que la ciencia y la industria se han tornado capaces de la diseminación del arte. ¡Felices entonces las masas populares, pues no hay duda que la Universidad abre sus puertas a los habitantes de las comunas para hacerles oír la música

de los maestros, para guiarlos en la interpretación de la belleza lírica, para leerles el verso que tradujo el lengüista, o para familiarizarles con los productos de la estatuaria y de la pintura! Y siendo tan pasmosas como decís las oportunidades de reproducción gráfica, estoy por creer que el pescador en las lejanas rocas, el labrador en su cabaña, el soldado en su campamento, leen los libros que la Universidad les envía, y hasta acaso recrean sus ojos en la contemplación de la obra de arte...

Como lo adivina el lector indulgente, la fantasía que precede sólo tiene el propósito de ofrecer en una síntesis la evolución de la actitud científica, y el cambio consiguiente de métodos que un espíritu lógico tiene el derecho de reclamar de la Universidad, ya que ésta es centro y sede de esa ciencia que el siglo XX considera ante todo como un instrumento de felicidad social.

La Universidad anglosajona se afilia al pie de la letra al programa esbozado por nuestro magnífico doctor, y para cumplirlo echa mano de otro resorte de factura modernísima, cual es la cooperación entre las diferentes instituciones sociales. Así, la escuela pública, el museo de artes y el de ciencias, la iglesia, la biblioteca, el centro recreativo, el club, hasta el asilo y la fábrica, son agencias puestas al servicio de la Universidad, para que ésta lleve a cabo su función novísima.

* * *

¿No es cierto que faltaba en la sociedad moderna un Vaticano de la ciencia, al que correspondiese el ministerio de la verdad revelada por la investigación y el experimento?
 ¿Una Sede que no hiciera suyo el rigor dogmático, la vana especulación y las vanidades anexas a las altas dignidades; que no creyese cumplida su misión al consagrar en ceremonias anuales los prelados de las profesiones, sino que ejercitase a sus misioneros y sacerdotes en la

práctica del altruísmo, para llevar a las más apartadas feligresías el mensaje de una nueva fe, una esperanza positiva y una caridad dignificante?

* * *

La Universidad y la Nación

Uno de los rasgos que más me impresionaron al llegar a los Estados Unidos fue la admirable unidad de ideales y de tendencias que se descubre entre los hombres, así provenientes de los rincones más apartados. En el tren, en la mesa común de la casa de huéspedes, en los pasillos del teatro, en la reunión ocasional de los sitios públicos, en todas partes, se descubre un aire de parentesco, que llega a pronunciarse tanto en el espíritu del que observa, que desde luego éste se ve en posesión de un santo y seña para facilitar su acercamiento con las gentes. Y esa unidad de espíritu que se exterioriza allí a despecho de la heterogeneidad étnica traída por la inmigración es lo que hace que cuando la opinión pública no acompaña una tendencia o una idea, puede decirse de éstas que son "anti-americanas."

Por nuestra parte, nosotros no nos hemos pronunciado todavía sobre lo que es "argentino", "oriental" o "brasileño." Falta a cada uno de nuestros pueblos un sello característico y común. Formamos conglomerados sin fisonomía determinada. Así que dos personas se ponen en contacto, revélanse diferencias profundas en la interpretación de los hechos fundamentales de la vida. Los entusiasmos individuales no encuentran amplio campo, los próselitos no salen al paso de los hombres de acción, porque las voces con que los incitan no son el resultado de una larga gestación común de aspiraciones. No puede suceder de otro modo, porque si examinamos de cerca, ¿qué institución existe entre nosotros que eduque nuestro juicio y encamine nuestra ac-

ción por medios paralelos? Ninguna. La escuela se limita a darnos en abstracto los rudimentos de la ciencia; y si de algún tiempo a esta parte se ha convertido en el custodio de un cierto nacionalismo, con lo cual parecería llenar el reclamo de deber social, la forma elegida para inculcarlo se nos antoja tan estrecha, que hay que ver en ello un elemento disolvente de la solidaridad entre los elementos cosmopolitas que en la hora presente trabajan de consuno por el porvenir de estos pueblos nuevos. Descartada así la escuela, las demás instituciones sociales no propenden tampoco a la convergencia de las energías; el gobierno no tiene la autoridad moral de que lo invisten en otros países las estables dinastías; ello le quita el prestigio y merma su función ejemplarizadora directiva y tutorial; el ejército carece de la larguísima tradición y de la gloriosa aureola que en Europa le hace prestigioso ante los pueblos, en quienes llega a dominar una organización civil y hasta una administración de justicia semejantes a la militar; la sociedad no está aquí cristalizada en clases cuyas prerrogativas hayan contribuido a disciplinar los aludidos estratos humanos. Todo esto lo ha suprimido nuestra democracia, y ello es, en verdad, su primer gran triunfo; pero no hemos procurado suplantar por otras nuevas aquellas fuerzas unificadoras de que carecemos.

¿Por qué no ocurre igual cosa en los Estados Unidos, que es también, como nosotros, un pueblo nacido ayer y donde menos evidencia existe todavía de las vetustas instituciones mencionadas; donde el gobierno se despoja sin peligro de los oropeles de la realeza; donde no existe el servicio obligatorio, y la clásica oposición entre el que manda y el que obedece queda obscurecida merced a la acción igualitaria de la cultura; donde una democracia más pura y verdadera que la

nuestra tiende a mezclar constantemente los elementos sociales?

En los Estados Unidos la acción social de la escuela contribuye sin duda por su parte a mantener vivo el parentesco de tendencias; pero ninguna institución dispone del poderosísimo medio que para ello cuenta, la Universidad, porque la característica fundamental de esta última es la de ser la vivienda de la juventud. Las universidades no son allí, como entre nosotros, meras aulas a las que el alumno acude diariamente con sus libros al brazo, pero dejando tal vez su alma a la puerta. No; en aquellas vastas universidades-villas, que ocupan kilómetros de superficie, los estudiantes constituyen un pueblo peculiar, un organismo colectivo que vive, siente y obra. La vida es así compleja y rica en episodios que favorecen ese intercambio espiritual que engendra la tolerancia y educa la simpatía.

Los norteamericanos han descubierto que el principal requisito de la vida nacional es la capacidad para vivir reunidos. De ahí deriva el significado profundo que ha de darse en el día a la palabra "cultura." Por el contrario, la raza latina continúa interpretando ese vocablo en un sentido "egoísta," considerándolo un proceso de perfeccionamiento individual a que se llegaría mediante la adquisición de conocimientos de orden intelectual. Así ha prosperado en nuestra raza una superstición por el mero saber. El mero saber tuvo su día cuando el otro saber, el verdadero saber, que es la capacidad de obrar con pleno conocimiento de las relaciones y circunstancias de la acción, no había sido llamado a llenar su gran destino en la civilización: el de redimirnos positivamente, por la ciencia, de las angustias y miserias a que nos arroja la ignorancia. El mero saber proporcionó entonces el ritual de una aristocracia especial, la académica, que hoy todavía con-

tinúa recibiendo el homenaje de muchas gentes a quienes seducen los prestigios de la erudición en sí, desvinculada de toda acción social positiva.

La erudición vana es en el siglo XX, y lo ha sido sobre todo en el XIX, una plaga intelectual comparable a la que en tiempos anteriores dió pábulo a las argucias teológicas y a las sutilezas filosóficas que les sucedieron. Cada siglo tiene su metafísica, su dialéctica varía. Tal vez es a costa de esta embriaguez, de estos extravíos, como se afirman en la sociedad las corrientes del pensamiento que en cada época dan un sello propio a la civilización. Acaso el ingenuo entusiasmo por la ciencia, por la ciencia del esfuerzo y de la angustia, exageró en la imaginación las virtudes del conocimiento *per se*. Un concepto individualista de la civilización impulsó a la humanidad de entonces a creer que cada hombre debía ser un sabio, y creyendo hacerlo dándole los signos vacíos del conocimiento, extravió comparable al del mahometano que aplica sobre su cuerpo enfermo tirillas de papel donde se han escrito versículos del Corán, en la seguridad de que las palabras sagradas han de operar, por su virtud intrínseca, una acción de milagrosa panacea...

Tras una larga decepción, vamos convenciéndonos de que, en cuanto a la cultura social, la ciencia no vale tanto por su contenido cuanto por su influencia sobre el "continente", que es el entendimiento, es decir, por la actitud en que ha puesto a las inteligencias frente a las verdades del universo; por el espíritu de investigación, de originalidad, de iniciativa, que ha promovido. En este camino el efecto final de la ciencia será el de la contemplación desinteresada del universo, libre de la embriaguez subjetivista que nos lleva a asignar demasiada importancia a los sistemas, a las teorías y hasta a las opiniones. La ciencia nos con-

ducirá así a la tolerancia, y con ello a percibir que lo importante no es tanto la producción individual de ideas como la producción colectiva de sentimiento y de acción, función que supone, empero, la capacidad de vivir en compañía, sin lo cual no puede concebirse una coordinada producción de trabajo moral entre los hombres. Tal arte supone la educación del carácter, o sea el poder de controlar la voluntad individual para ponerla en todo momento conforme con el bien general.

He ahí ensanchada la misión de la cultura, que ya no consiste sólo en el aprendizaje de unas cuantas fórmulas científicas, sino en un proceso de asimilación del individuo o parte social a la colectividad.

Así se explica, pues, que en los Estados Unidos sean tan numerosas las universidades. Pasan de cuatrocientas. Consideradas como simples enseñaderos de la ciencia profesional, serían demasiadas; consideradas como "educadores" de la juventud, nadie cometerá la torpeza de encontrar ese o cualquier número excesivo. Una Universidad es allí una institución que invita al joven a pasar bajo su techo cuatro o cinco años de la vida, plazo en el cual se desarrolla un número suficiente de episodios que sin duda adaptarán poco a poco su espíritu al de la comunidad y lo penetrarán de esa conciencia social que es allí la fuerza de la nacionalidad.

Nosotros, los que hemos vivido en este campamento y que no hallamos palabras para alabar los encantos de la vida común, optimista, alegre, podemos apreciar plenamente la importancia de ese aspecto de la vida universitaria norteamericana. Si diez días de vida común han estrechado nuestros vínculos, abierto nuestra confianza; si han permitido conocernos, y amarnos más, mucho más de lo que permite el efímero contacto de las aulas, ¿cuál no habría sido el efecto de una larga cohabitación de cinco años, durante la

cual hubiéramos compartido risas y lágrimas, viviendo juntos las infaltables horas de felicidad y de infortunio que son los puntos dentro de los cuales oscila el péndulo de la conciencia humana!

Y la comparación que he hecho entre la Universidad moderna y este campamento estudiantil, permite comprender mejor todavía la importancia de sus actividades, que al pronto podrían parecernos de menor cuantía al lado de las tradicionales actividades académicas, de importancia consagrada. En efecto, suponed que la vasta carpa en que nos reunimos para la comida es un magnífico comedor, animado a diario con la alegre algazara de los comensales, estudiantes y profesores; que las rústicas carpas fueran cómodos dormitorios, reductos de la amistad y de la íntima confianza; que nuestras diarias excursiones al bosque y a la sierra estuvieran arregladas según un plan científico y extenso, de modo de cubrir, no sólo la región colindante, sino acaso el país entero; que esta cátedra fuera ocupada a diario por las grandes personalidades de la Patria, que vinieran a ponerse en contacto con la juventud para estimularla y allanarle de antemano los obstáculos que habrá de hallar más tarde en la vida: ¿no es verdad que entonces la importancia de la Universidad como institución puramente escolástica se aminora, creciendo en cambio su importancia social?

Y en realidad son instituciones de esa índole las que faltan en nuestros países, pues nuestro problema es en realidad un problema del sentimiento. Adolecemos precisamente de los defectos de que se ven libres las sociedades educadas en esas grandes universidades que hemos descrito: somos personalistas; la educación recibida nos ha habituado demasiado a la rivalidad y a la emulación, recurso de que con lamentable frecuencia se vale la escuela, a falta de agradables incentivos na-

turales, para obtener el máximo de aplicación del espíritu remiso del niño. Nuestro corazón está con harta frecuencia saturado de hostilidad. El desconocido, el ausente, es casi siempre un enemigo presunto. Nuestro espíritu, suspicaz y caviloso, vive a menudo temiendo la infidelidad y la traición. Nuestro interés nos ciega a veces y nos hace en tales ocasiones injustos y parciales; y nos es difícil presenciar el brillo de otras personalidades sin que gruñan sordamente el amor propio.

Poseemos en alto grado la agudeza intelectual y el ingenio; pero somos aún torpes en el arte de las artes: el de la vida en compañía.

* * *

La Universidad y el niño

El viajero que llega a Chautauqua no tarda en preguntarse qué virtud tiene aquí el aire o el agua, que hace a los niños adorables, suaves, deliciosamente serviciales y afectuosos. En mi opinión la razón está en que Chautauqua ofrece el ambiente natural en que el alma infantil encuentra su centro, mientras que fuera de ella, es decir, en las condiciones ordinarias de vida, nuestra educación mata en germen lo que, cultivado, representa la mejor de las excelencias humanas.

La concepción evolucionista, en que muchos buscan justificativos para probar que el niño es un depósito de instintos salvajes, puede en verdad invocarse para demostrar que el niño es muchas veces superior a sus mayores. La superioridad reside en que el niño trae fresca la herencia de un pasado de candor animal, un instinto de verdad no maculado por la civilización, un profundo interés en lo humano y en todo lo que vive. ¿Qué es para el niño detener un trasatlántico para salvar un perro que se ahoga? ¿qué juez más severo, en su candor ingenuo, de nuestras mentiras convencionales? ¿quién es más positivo

que él en su crítica de nuestras especulaciones, que nada pueden contra su lógica candorosa? ¿quién más demócrata que ese inocente del abo-lengo y de la fortuna, que cubre de besos a su buena aya africana?

Y nótese bien, esa teoría de la vida que el niño trae ya hecha constituye precisamente la suspirada meta de la humanidad, que espera llegue un día en que desaparezcan las convenciones y reine por doquiera la hermandad entre los hombres. Entre tanto, la faena diaria obscurece la visión de ese día, y el trabajo humano mismo adquiere una significación engañosa. Se toma a lo serio la fortuna, la sabiduría, la gloria, el poder, y he aquí otros tantos tiranos de quienes nos convertimos en sumisos esclavos. No percibimos que la civilización, con su complicado andamiaje, nada es, nada vale en sí, salvo como instrumento, como medio de gozar de un modo integral y rico, el placer de vivir, que el niño trae fresco y fragante desde las oscuras profundidades del pasado.

Se comprende así que el niño no se ajuste a las convenciones de la vida y que los grandes espíritus, a quienes como al niño repugnan dichas convenciones, revelen rasgos morales infantiles; como también se explica que las civilizaciones más adelantadas muestren entre sus caracteres, la sencillez, la tolerancia, la confianza, el espíritu primando sobre la letra y el sentimiento humanitario sobre la lógica.

El niño es así el maestro y precursor del hombre, y es lamentable que las multitudes infantiles que nos traen a diario este mensaje de buen sentido y humanismo, esta receta para alcanzar más pronto la felicidad, encuentren, por lo general, oídos sordos y gentes ocupadas en perseguir la sombra de las cosas. El trato con esas gentes, que confunden el símbolo con la cosa, el medio con el fin, la letra con el espíritu, embota aquella lógica angélica, y

las concepciones infantiles acaban por esfumarse en la fantasía y se relegan al sitio inaccesible de lo quimérico... Y sin embargo, apenas concibe la imaginación lo rico del fruto humano que podría obtenerse de una educación mediante la cual el niño conservase su concepto humanista de la vida, que se pierde temprano, y que sólo se recupera después de haber sondeado todos los océanos de la filosofía.

Por eso es que la infancia tiene sus misteriosas afinidades con la vejez; ambas tienen el mismo lenguaje: la una ríe con inocencia de las cosas serias, la otra ríe con melancólica ironía; ambas ignoran el misterio del mundo y de las cosas: la una por falta de estudio, la otra por sobra de sabiduría; para el niño no hay más ley que el deseo, ni otro ideal que la supresión del dolor, y para el anciano esta eterna aspiración es la única que sobrevive al naufragio de los ideales.

Pero suponed que esta comunidad de vistas no se muestre sólo en la edad extrema en que se apaga la voluntad y se extingue la acción, muy tarde ya para recomenzar la labor de la vida. Suponed que el adulto, en su edad viril, en vez de adoptar esa actitud indiferente o desdeñosa para con el niño, acepte de buen grado la concepción infantil del mundo. Se ha convertido en su hermano mayor, y ha hecho de los ideales del niño la piedra de toque para apreciar el valor de las cosas: suponed, en efecto, que para ese hombre nada vale la pena de existir o de pensarse, excepto lo que cae dentro de la concepción ingenua de la vida; que la riqueza no haya de emplearse sino en lo que directa o indirectamente beneficie al niño de hoy o al de mañana; que la conducta se acomode a las concepciones de la infancia, suprimiendo todo ejemplo que le sea pernicioso; que la ciencia se ponga al servicio de su vida, y se la inculque, no por su valor propio—que no tiene ninguno

—sino por sus efectos en la salud y el goce físico y mental; y que el poder se ejercite para garantizar al niño la permanencia de estos dones. Cada hombre dedicará a la niñez su cuarto de hora, éste haciéndola confidente de sus artes, aquél el testigo de su destreza, y todos el objeto de su solícita simpatía; ¿no creéis que una sociedad así constituida, apartada de toda otra influencia produciría prodigiosos Emilios?

Todos reímos hoy de la utopía de Rousseau, que pretendía formar hombres, que son, ante todo, seres sociales, lejos de todo posible contacto con el prójimo. Tanto valdría enseñarle la natación fuera del agua. Pero no nos burláramos del que preconizase la misma reclusión en forma colectiva, y pusiese a los niños en contacto de gentes pertenecientes a un tipo superior, el tipo de los hombres-niños, dispuestos a vitalizar con un intenso humanismo las convenciones de la existencia y que ofrecieran al mismo tiempo a la infancia un pequeño cosmos donde ejecutar la gimnasia integral de las virtudes sociales en el trato constante del prójimo.

Chautauqua es precisamente ese sitio ideal, una sociedad de personas para quienes la vida no oculta ninguna de sus excelencias y que, sin embargo, no han perdido el candor primitivo, la sencillez y la reverencia por las virtudes cardinales de la vida. La sabiduría coexiste con la

modestia, la riqueza con la sencillez, la religión con la tolerancia, el refinamiento social con la democracia. Este es el ambiente en que los instintos del niño no sufren un rudo choque, y por eso Chautauqua ha sido adivinada por numerosos padres como lugar privilegiado para la educación de sus hijos. De las doce mil personas que acuden a ella durante el verano para dar a esta curiosa comunidad su vida efímera de tres meses, una gran parte lo hace sólo por el beneficio exclusivo de sus niños.

En una comunidad tal, en que imperan principios de mutua consideración y simpatía, más refinados y verdaderos que en otro sitio alguno, se concibe que el propósito ya mencionado que traen algunos padres encuentre deferente cooperación de parte de los extraños. Es dignificante, créalo usted, el espectáculo de una población de 12.000 almas, cuidada del ejemplo que dan a los niños ajenos... ¿Qué expresión de la solidaridad social podría hallarse más hermosa que esta cooperación desinteresada del ciudadano, que empieza por refrenarse a sí mismo a fin de dar el buen ejemplo al hijo de su vecino? Una ciudad en que así priman los intereses de la infancia es, en verdad, cosa nueva y que honra a la raza de los hombres. Y ya veremos qué frutos deliciosos rinde ese amistoso consorcio de las edades.

La ley del número

III

¿Comprendes, lector, cómo se genera y desenvuelve la preocupación? ¿Sondeas ahora toda la extensión del mal? ¿Penetras hasta el fondo de este fetichismo por el número que labra todas nuestras desdichas? ¿Adviertes el lento trabajo de la gota de agua que cae en nuestro ce-

rebro desde que nacemos hasta que morimos y que perpetúa la superstición y la agranda hasta asfixiarnos?

Si no eres masa muerta para la razón, comprenderás también por qué se nos enseña como axiomático el principio de la lucha entre los humanos, que arroja a los hombres los unos contra los otros como a fie-

ras en el circo; comprenderás por qué se nos educa en la creencia de que el mundo no puede marchar adelante si no es entre escombros y cadáveres; comprenderás asimismo que para justificar el predominio de unos pocos se falsifique la ciencia, se corrompa la instrucción y se desmoralicen las costumbres. Es preciso hacer creer a todo el mundo en la fatalidad del mal y en la necesidad continua de la guerra, sobre todo en tanto que los de abajo no la declaren a los de arriba.

Semejantes enseñanzas son el veneno de muchas inteligencias lanzadas a la desesperación y al pesimismo para anular su fuerza de oposición o ganar su indiferencia.

No es, por ley de naturaleza, fatal la lucha entre los hombres ni lo es tampoco que todo adelanto se verifique mediante guerras de exterminio, porque si el imperio de la fuerza, que es la expresión concreta de la pretendida supremacía de las mayorías, fuese anulado, todo progreso habría de realizarse pacíficamente, mediante la rápida o lenta aceptación de la mejora por la generalidad de los hombres. El dominio de la fuerza es transitorio, porque se deriva de la organización guerrera de la sociedad que proclama el derecho del más fuerte dando al artificio todo lo que arrebató a la Naturaleza. Si la sociedad se organizase para la paz y el trabajo; si se organizase para la cooperación en lugar de organizarse para la lucha, ya que en el resto de la Naturaleza el mutuo apoyo entre los seres tiene tanta o más importancia que el principio del combate por la vida, la fuerza, falta de órgano que la expresase, se anularía, dejando ancho campo a la razón para elegir sus derroteros por la experiencia y el contraste de las diversas aplicaciones de la actividad humana.

Pero lo que realmente se discute al tratar de la ley del número es un misticismo político que urge desenterrar, es el misticismo político del

derecho social en cuyo nombre se han formado mil partidos y mil escuelas con la vana pretensión de regenerar el mundo desde las alturas del poder y por los mismos medios en principio rechazados. Lo que de hecho se discute es si la colectividad puede dictar reglas a sus componentes; porque si puede, no hay otro medio de que ejercite aquel derecho que la aplicación de la ley del número; y si, por el contrario, no tiene aquel poder, el imperio de las mayorías carece de fundamento.

¿Qué es la sociedad? Menos que un agregado o una suma, pues se dan en ella multitud de sumas, pero no una resultante total definida y concreta (1). Y una agrupación de individuos, un agregado si se quiere, ¿es algo distinto de éstos, que puede más y vale más que éstos?

¿Es la sociedad acaso un ente superior, con personalidad propia, diferenciada de sus componentes? En rigor, la sociedad es una abstracción de nuestra mente necesitada de expresar de algún modo un conjunto ideal más bien que real.

Así como del todo y de la nada no poseemos sino abstracciones que la observación cotidiana de lo limitado y concreto nos sugiere, así de la sociedad como conjunto no poseemos más que una simple idea derivada de una operación mental necesaria.

Si, pues, la sociedad carece de personalidad efectiva, ¿dónde reside la razón del pretendido derecho social? ¿Qué es en sí mismo este derecho? Nada; una metafísica, una teología política. Es la superstición religiosa desarrollada y fomentada en el orden de la vida ordinaria.

Así como en nombre de la superstición religiosa han sido sacrificados miles de seres generosos que

(1) Ya hemos dicho en otra parte que la sociedad se reduce al sencillo hecho de que los individuos se hallan, más o menos, los unos en presencia de los otros.

vivían para el porvenir; así como en nombre de la superstición religiosa se ha condenado, excomulgado y proscrito la verdad continuamente, así en nombre de la superstición política del derecho social es sacrificada la personalidad humana, desconocido y atropellado el derecho individual, ahogada en sangre la verdad que formula atrevidamente el hombre de ciencia o el que generosamente pretende poner término a las desdichas de sus semejantes o el que, en fin, trata de hacer valer su propio derecho ante la fuerza brutal del número. Al amparo del derecho social, por causa de salud pública, como dicen los revolucionarios místicos, se impone al individuo toda clase de torturas y vejámenes. Al amparo del derecho social, y siempre por causa de salud pública, se sacrifica cuanto estorba, se mutila diariamente ese mismo cuerpo social elevado a la categoría de ser superior y todopoderoso. Si es preciso cortar la cabeza a veinte mil o cien mil seres humanos para que los demás obtengan tales o cuales ventajas, siempre ficticias, cearán bajo el hacha del verdugo cien mil o veinte mil cabezas humanas. Si es preciso cercenar derechos y libertades, será todo cercenado con tal de que la vindicta social quede satisfecha. Si es necesario llevar al matadero del campo de batalla dos o más pueblos que ningún rencor tienen entre sí, al matadero serán llevados, sin que por eso se estremezca la conciencia de los sabios legisladores que en nombre del derecho social cuidan y velan por la salud de la humanidad.

Frente al pretendido derecho social urge levantar muy alta la bandera de la individualidad libre. Frente al despotismo del grupo es me-

nester reivindicar la independencia y el respeto a la personalidad humana.

Mi derecho, mi libertad, mi salud, mi bienestar, valen tanto como el derecho, el bienestar, la libertad y la salud de los demás. No tolero ni consiento la imposición ni de uno ni de ciento. La fuerza numérica es para mí nula. Cada uno es libre de obrar como le plazca. Si los hombres necesitamos prestarnos auxilio, y si lo necesitamos, libremente debemos buscarlo, asociándonos, cooperando a los fines comunes. Pero esto lo haremos y queremos hacerlo por nosotros mismos, por voluntad propia, no por imposición de nadie.

Ricardo Mella.

"El lujo, que es la abundancia de lo superfluo en ciertos ciudadanos, supone la falta de lo necesario en mucha gente. Cuántos más caballos en los coches de los ricos, más individuos que van a pie.

Kuan Tsé.

LA LIBRERIA FALCÓ

acaba de recibir las siguientes obras:

Historia de la Revolución Francesa

por L. Thiers

y

**Las Sectas y las Sociedades Secretas
a través de la Historia**

por S. Valentí y Camp

7ª Avenida, Este, 42 - San José, Costa Rica

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar a la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscarnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año.** Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre.**

Imprenta Moderna, frente a la Biblioteca Nacional, San José.

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

SOCIOLOGIA ♦ ARTE ♦ CIENCIA

RICARDO FALCO, DIRECTOR Y EDITOR

REDACTOR DE LA SECCION NOTAS Y RECIBOS: ELIAS JIMENEZ

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00
Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

ADMINISTRACION:

7ª Avenida, Este, 42, restaurant 'Petit París' -- Apartado No. 638

AGENTES EN COSTA RICA:

PUNTARENAS: Juan Bautista Romero Casal — NICOYA: José D. Cárdenas — ALAJUELA: Carlos Calvo Fernández y C³ — ATENAS: Tomás Yenkin — LIMÓN: Francisco Carrasco — RIO SEGUNDO: Ernesto Sánchez — ESCASÚ: José J. S. Aguilar — MANZANILLO: Gonzalo Quirós — PACACA: Miguel Parera — GRECIA: — José María Barquero — DESAMPARADOS: Sáenz M. — SANTO DOMINGO: Hernán Chaves — NARANJO: Demetrio Cordero — HEREDIA: Rafael J. Elizondo — SAN ISIDRO DE ALAJUELA: Zoila Delgado — JUAN VIÑAS: Miguel Guzmán — LIBERIA: José Carballo.

AGENTES EN EL EXTRANJERO:

Buenos Aires: Maximino Fernández, calle Perdriel, número 519.
Montevideo: Antonio Marzonville, calle Minas, número 259.
Habana: Juan Tur, calle del Águila, número 116.
New York: José Vilarifio, 266 West 15th Street.
Santa Ana (Rep. El Salvador): Max. Jiménez, profesor.
Lima: Carlos del Barzo, calle de Lampa, número 568
Antofagasta (Chile): Miguel Esprella, director de *Luz y Vida*.
Barcelona (España): Lorenzo Portet, calle de Cortes, número 478.
París: José Rodríguez Romero, tipógrafo, boulevard La Chapelle.

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS
alternadas con

LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 a 350 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacain el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Principe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, 'detective', Mark Twain.
El amor catedrático, G. Martínez S.
La enjuta, Víctor Catalá.
Dios salve a la Reina!, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque, F. de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, Hedenstjerna.
Kolstomero, León Tolstoi.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, J. Benavente.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
Boda oficial, R. H. Savage.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.

Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Historias de locos, Miguel Sawa.
Nerto, Federico Mistral.
Ansias de vida, Luis Q. Huertos.
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable? W. Le Queux.
El lunar, Alfredo de Musset.
Por la vida, J. Pous y Pagés.
Las rocas blancas, Eduardo Rod.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El cadaver viviente, León Tolstoi.
El reflujo, R. L. Stevenson.
María, Jorge Isaacs.
Erótica, B. Morales San Martín.
Relato de un Nihilista, A. Tchekov.
El cupón falso, León Tolstoi.
El abismo, por Dickens y W. Collins.
Alma en pena, por Bjornstjerne
El secreto del ahorcado, por Carlos Dickens.
Balada, por R. Sánchez Díaz.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTE EN CENTRO AMERICA:

RICARDO FALCÓ MAYOR

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

TODAS LAS OBRAS de esta importante Biblioteca, esmeradamente impresas y artísticamente encuadernadas, están de venta en el establecimiento PETIT PARIS.